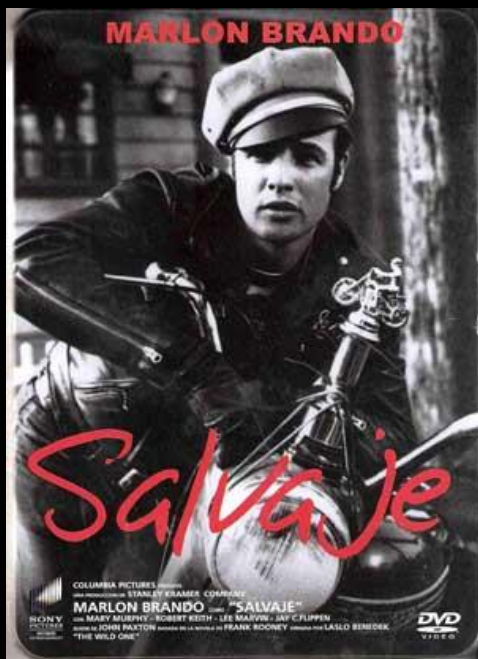


EL SALVAJE

54. M. Brando, L. Marvin. (L. Benedek). Drama.



Síntesis

Un grupo de motoristas liderados por Marlon Brando llega a un pueblo para divertirse unas horas. Pero el jefe de otra banda de motos, interpretado por Lee Marvin, le hará prolongar su estancia en el lugar, dado los acontecimientos que se suscitarán por buscar enfrentarse con el líder de la primera.

ANÁLISIS

por Hugo Cuccarese

El protagonista se acerca a la barra, atendida por una joven y atractiva moza, y le pide una cerveza. Él deposita una moneda sobre el mostrador para pagarle, pero en cuanto la chica extiende la mano para recogerla, Brando pone el dedo sobre ella y comienza a moverla de un lugar a otro, burlándola en el intento cada vez que ella quiere recogerla.

Este simple juego de insignificante apariencia pasa desapercibido para el espectador desatento, ya que ocurre al comienzo de la historia, sin embargo, este inocente desliz es muy importante para entender la esencia de estos dos personajes, pues preanuncia ya el desencuentro amoroso y los rodeos sentimentales que tendrá el personaje de Brando con la hija del policía, y su constante dificultad en la forma de abordarla y acercarse a ella.

Cuando ella le dice en el parque: “Hace frío aquí; quisiera ir algún lado”. Entonces lo mira con cierta melancolía, como leyendo en sus ojos el trazo de un incierto destino, y agrega: “Ojalá tú fueras a algún lado; ¡iríamos juntos!”. Y se lanza a llorar de impotencia sobre sus brazos. Al ver que él responde indiferencia, ella se tiende sobre el césped sin consuelo y luego se levanta y se va corriendo. Él levanta la vista y se queda sorprendido unos instantes, ante la intempestiva reacción de la muchacha.

Entonces monta su corcel de acero y empieza a seguirla. Pero alguien que pasa por allí lo ve corriendo tras de ella en su rugiente motocicleta y, creyendo que su intención es atacarla, llama a la policía y lo atrapan injustamente. A partir de allí comenzará su odisea para demostrar su inocencia.

Cuando al final lo liberan, el alguacil le dice, al verlo marcharse con total indiferencia, que por lo menos le dijera gracias a la joven. –“Está bien –apunta la chica-; no sabría cómo”. Ella sabe perfectamente cómo es el hombre del que se ha enamorado, y comprende su hosquedad, la completa imposibilidad que tiene este “salvaje” para expresar sus sentimientos a través de la palabra. Pues no habla; gruñe. No pregunta; arremete. Por eso antes, cuando al ver que se negaba a denunciarlo, el alguacil le pregunta a la chica si se había enamorado de él. Entonces ella le responde: “no estoy enamorada de él. No pude hacerlo”.

La escena del final en el bar es ciertamente reveladora. El está en una punta de la barra tomando su taza de café y ella, en el otro extremo, tomando la suya. La escena es extraña, no se hablan ni se miran, pero algo hay en sus rostros que parece unirlos de forma misteriosa. El termina su café y se acerca lentamente a la puerta. Pero antes de salir, vuelve -tal vez al recordar lo que ella con tanto sentimiento le había pedido antes, al comienzo de la historia, que le regalara el trofeo ganado en la carrera de motos-, camina unos pasos, apoya la estatua sobre el mostrador y, con una sonrisa cómplice se la extiende suavemente hacia ella. La chica, desde el otro lado de la barra, lo mira con desdén. Al instante comprende el guiño que acaba hacerle con ese adusto gesto y, en agradecimiento, le devuelve la cómplice sonrisa. Ahora sabe que el impetuoso muchacho se marchará de allí en busca de nuevos horizontes, de nuevos sinsabores. Y sabe también que el único encuentro posible entre ese apuesto y bravo nómada y ella, una bella y tímida pueblerina, hija de un simple policía, es esa pequeña estatuilla -rematada con la figura de una motocicleta dorada- con la que había comenzado la malograda relación.

Pero algo de todo aquello ha quedado sutilmente adherido a la pantalla. Algo ha salido a la luz, como emergido de lo más profundo de estos reacios caracteres, por lo que a lo largo de esta historia nunca llegarán a encontrarse de verdad, aunque se los muestre siempre juntos. Los dos tienen la certeza de que ese lugar al que ella llamó en el parque “algún lado” no existe en la ruta de ninguno de los dos. Su destino fue encontrarse en “el deseo de encontrarse”, y en ningún lado más. Y, quién sabe, quizás algún día se puedan encontrar en “algún lado”, pero será cada uno por su lado y a su manera. Pues ese indefinido “algún” con el que el deseo intenta buscar amarras y anclarse en lo real de esa relación, termina verdaderamente convirtiéndose en “ningún lado”, pues es allí, precisamente, donde se encuentran los protagonistas de esta historia en ese momento de sus vidas.

Lo que aparece aquí, en escena, bajo la forma de un sino inexorable, es el niño malicioso de pequeños y halados pies. Pues si, es la flecha de Cupido lo que ha sorprendido a nuestros cegatos protagonistas. Aunque los enamorados de esta historia se muestren fascinados con esa dulce brecha que en cada escena cada uno de ellos va calando en el corazón del otro, con ese amor febril y caprichoso que se profesan

mutuamente, y que destruyen en la siguiente escena, con cada acto confuso y contradictorio, con la estúpida irrupción de sus egos infatuados, no logran, sin embargo, encontrarse más que en ese vacío de la espiritualidad búdica que dejan en el aire sus espantadas almas en fuga.

Por eso no se encuentran jamás, digamos, porque no hay lugar para el amor. Se atraen y se repelen bruscamente, pues lo que cada uno espera recibir del otro es lo que no está dispuesto a brindarle. Como si fuera ésta la historia de un “amor salvaje”, donde él encarna el papel de un animal enamorado, desafiante, arisco, indócil como un potro sin domar, y ella, el de un ser tímido, pequeño y quebradizo, que le teme a lo desconocido y a la inestabilidad que le provocan las patadas y cabriolas de ese amor idealizado que no puede controlar. Y esto es justamente lo paradójico que plantea esta tosca relación, esta oscura atracción de fuerzas antagónicas en la que están capturados los protagonistas desde el momento en que se conocieron, donde su destino no será otro que el de enamorarse de lo que más odian, para tratar de cambiarlo o matarlo después.

En esta última escena del bar puede verse el corazón de los amantes encriptado bellamente en el silencio. Aquí, el juego del amor ha entrampado a estos dos seres reacios al amor, haciendo de sus lóbregas vidas un verdadero infierno, cuyo fuego pasional arderá por siempre en el cobarde mutismo. Las cartas están echadas, y cada uno de ellos sabe que ha perdido la partida: ella volverá a trabajar en el bar y a la soledad de su vida gris, simple y rutinaria; él seguirá deambulando las carreteras y los pueblos montado en su rugiente bólido de acero, sumergido en una perpetua búsqueda de diversión y aventura, encontrándose con el alter ego de su enamorada en el mismo corazón de la soledad -que los une, que los arrastra, que los humilla-, de esa soledad de la que desesperadamente quieren escapar. Cada uno a su manera, huye de sí mismo, de las infranqueables barreras que le impiden amar. Pues es allí mismo donde se encuentran los corazones solitarios, de esos amantes que sólo se aman a sí mismos; en la nada misma.

El trofeo perdido y la experiencia ganada es lo que de ahora en adelante marcará el rumbo para ese andariego incorregible y esa triste cinderela. Tal vez, debajo de la angustiante sensación de soledad que nos deja el frustrante desenlace de este film, esté el verdadero punto de encuentro para estas infortunadas almas de papel, cuyo ilusorio ego ha podido más que la vieja flecha de Cupido.

Si es cierto que todos los caminos conducen a Roma,... ¿Quién sabe? ¿Por qué no podrían estos seres lastimosamente enamorados, que flotan en sus vidas como sombras muertas y errabundas, urgidos de amor y renegado regocijo, domar ese solitario lado narcisista de sus corazones y encontrarse... algún día... en algún lugar?